

Luis García Pimentel

CUENTO DE NAVIDAD ®

(PARA CATÓLICOS)

Título Original: Juan el curioso y el Árbol de Navidad

Nihil Obstat: Pbro. Ignacio Gómez Robledo S.J.

**Imprimatur: Rvmo Sr. Juan Cardenal Sandoval Íñiguez
Arzobispo de Guadalajara.**

Obra Registrada a nombre del autor: **Luis García-Pimentel Cusi**
Dirección General de Derechos de Autor. México DF a 21 de noviembre de 1995

A MI ESPOSA; COMPAÑERA INCONDICIONAL:

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

PRÓLOGO.

Muy respetable Señor:

Lo saludo con afecto y estimación y deseo que el Señor Jesús le conceda paz y amor.

Con gusto he aceptado su amable petición de dirigir una palabra de valoración y reconocimiento al libro que usted acaba de redactar y que lo titula “JUAN EL CURIOSO Y EL ÁRBOL DE NAVIDAD”

Al darme cuenta del contenido y trama de su obra, tengo presente el mensaje del Papa Juan Pablo II que desde el principio expresa en su carta apostólica “*Tertio Millenio Adviente*”; “*Mientras se aproxime el tercer milenio de la nueva era, el pensamiento se remonta espontáneamente las palabras del apóstol Pedro: Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4). En efecto, la plenitud de los tiempos se identifica con el misterio de la Encarnación del Verbo, Hijo consubstancial al Padre, y con el misterio de la Redención del mundo.(No 1)* Constató que la obra que usted publica tiene una relevante característica de estar en plena consonancia con las coordenadas que traza el Santo Padre para la Iglesia y para el mundo en torno al misterio de Cristo que se manifiesta en Navidad.

La Iglesia ha descubierto a través del designio de Dios en las Escrituras, el inmenso DON que ha otorgado a la humanidad en la persona de su propio hijo Jesucristo, como lo atestigua el Evangelio de San Juan: “Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su hijo único, para que quien crea no perezca, sino que tenga vida eterna”. (3,16)

Esta clave bíblica imprime fuertemente toda su obra en el desarrollo de las **Tres Navidades** que ponen en manifiesto la historia de la salvación en la vida cristiana del creyente.

Con gran ingenio y creatividad va llevando a Juan el Curioso a descubrir, desde su tierna infancia, esa gama de regalos que proceden de Dios “Autor de todo bien” y que suscitan una respuesta de fe frente al consumismo avasallador, en que el hombre se exalta a sí mismo, sin llegar a percibir el “don de los dones”, en la profundidad del misterio de la Augusta Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Por otra parte, su estilo vivo y entusiasta, la unidad que ensambla toda la obra y principalmente la experiencia de fe en que está imbuida, son una expresión de su plena vivencia cristiana y de la meta a la que desea llevar a cada lector.

Quiero manifestarle mi plena satisfacción y felicitarlo sinceramente por el éxito de este libro que usted ha titulado “JUAN EL CURIOSO Y EL ÁRBOL DE NAVIDAD”, y al mismo tiempo augurarle la abundancia de los dones divinos para su persona y para los lectores, *Porque sólo partiendo del Amor infinito se entienden las cosas de Dios, y tu amor y el mío son finitos*, como usted lo afirma.

Que Cristo Jesús, por intercesión de la Virgen María, le asista siempre en su tarea evangelizadora al servicio del hombre de hoy.

Me profeso de Ud. Servidor en Cristo.

Juan Cardenal. Sandoval Iñiguez,
Arzobispo de Guadalajara.

EN HOMENAJE A LA SANTÍSIMA TRINIDAD EN SU AÑO DE JUBILEO 2000

CUENTO DE NAVIDAD

LA PRIMERA NAVIDAD

Juan era un niño muy feliz. Su hermana María Teresa era un poco más grande que él. Ella lo tomó y lo llevó de la mano hasta la sala, donde mamá y papá habían puesto un bonito árbol de Navidad. Mientras que mamá preparaba la cena y papá iba a traer un no se qué, María Teresa se sentó con Juan junto al pino decorado.

Juan era despierto y le decían “el curioso” –ya veremos porqué-. Había cumplido siete años. Ante tanta barullo navideño le pareció estupenda la oportunidad de preguntar algunas cosillas que quería saber. Su hermana, de diez años ya cumplidos, seguramente tendría todas las respuestas...

Maritere, ¿por qué tiene tantas luces?, preguntó despreocupado al ver brillar cientos de foquitos de colores en medio del frondoso árbol. María se quedó pensativa...; no lo sabía. Juan retornó al cuestionamiento: ¿y por qué tiene esa estrella grande, grande, en la punta más alta, hasta arriba?

María explicó que ahí la había puesto papá, respuesta que por cierto, en nada satisfizo la curiosidad de Juan.

Volvió a ver los regalos al pie del árbol puntiagudo y elegante y preguntó de nuevo: ¿por qué se ponen los regalos en ese lugar? Sin esperar respuesta, siguieron las preguntas... ¿quién, para qué, cómo, cuándo...?

Guiado por su curiosidad, buscó bajo las ramas y encontró un pequeño nacimiento, en donde se veía claramente a la Virgen y a San José, rodeados de pequeños animales: un buey y un asno, junto con varios borreguitos que parecían pastar bajo la fronda del árbol navideño y una chiva, seguramente dispuesta a devorarlo todo. Nuevas preguntas salieron de su boca, ¿por qué, quién, cómo, ...?; tantas preguntas, que María Teresa ya no quiso ni escuchar y contestó: -"sólo Dios sabe", al tiempo en que mejor se fue corriendo.

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

Juan no quiso olvidar el planteamiento. Él quería saber de donde había salido todo aquello; hechizado por las luces que se prendían y apagaban, por los colores cambiantes de los focos diminutos y las esferas llenas de imágenes y reflejos... "sólo Dios sabe...", repitió, triste de pensar lo lejano que estaba Aquél que tenía las respuestas a preguntas tan importantes...

¿Papá...?, le preguntó Juan al padre, que encabezaba contento la mesa de los chiquilines - Dice María que sólo Dios sabe el por qué hay árbol de navidad... y sólo Él sabe el por qué se llena todo de regalos y luces y por qué al pie hay un nacimiento y animales pequeñitos y luces de colores, y el por qué hay arriba una gran estrella...¿y por qué esto, por qué aquello, por qué lo de más allá... ?

El padre, mas bien ajetreado, cuidando a los pequeños que no hacían tantas preguntas pero sí desordenaban las frutas de la mesa al pelear por una mandarina y un orejón, sólo atinó a contestar un "Sí, sí..." poco preciso, distraído por el sainete de la pequeña Susana peleando con el gordinflón de Luis, que le quitó un caramelo.

Para Juan, el asunto quedó decidido. Si sólo Dios sabía, entonces había que preguntarle a Él... y planteó con Maritere su hermana la cuestión de ir al poderoso Dios y preguntarle aquellas cosas tan importantes. Ella, aunque mayor en edad, entendía bien la trascendencia de la cuestión y por lo tanto acordó ir con Juan al pequeño jardín de donde se veía el cielo, pues bien sabían los dos que ahí habitaba el poderoso Dios.

Habló primero Juan, elevando la voz, con la que pedía las respuestas. María Teresa, aunque en voz más baja, por la natural feminidad de la chica, planteó las mismas preguntas, aclarándole al cielo que lo que realmente deseaban en aquella Navidad era entender las cosas bonitas que habían visto en la sala engalanada de la casa de papá y mamá, incluyendo, claro está, el asunto misterioso del Santa Claus o Papá Noel. De él se dice que sin deberlas, lleva regalos sin fin a los niños como él y su hermana.

Siguió la noche su curso, acabaron la cena, cantaron algunos villancicos y mientras desaparecían los más pequeños hacia las habitaciones, dormidos ya en brazos de la madre, quedaban cada vez menos niños en aquel salón. Juan, sentado junto al árbol, esperaba la venida de los regalos esperados, pues los que estaban antes, hace unas horas que habían sido repartidos. Pronto quedó sumido en un gran sueño que lo llevó en mente lejos de ahí.

Se despertó entonces en un gran salón con un enorme árbol, de elevadísimo porte, con una gran, gran estrella en la cúspide, sin saber si él era ahora más pequeño o todo había crecido en su entorno.

Al pié, junto a la Virgen María, de tamaño natural, reía alegre Santa Claus, que ponía unas cajas, envueltas en papel brillantísimo y abundantes moños, como aquellas en donde vienen los mejores regalos. San José estaba también ahí, riendo a carcajadas con el divertido gordo que vestía en rojo de pies a cabeza, como bombero empachado, no se sabe si de comer o de reír. Sólo fueron dos o tres segundos lo que tardaron en notar la presencia de Juan y entonces lo saludaron como a un buen amigo que viene de visita. Lo llevaron con la Virgen junto a un pesebre vacío, en un nacimiento muy grande, muy limpio y arregladito, abajo del gran, gran árbol y empezaron a platicarle:

-¡Hola Juan, bienvenido a esta casa, en donde pronto será Navidad! Se adelantó José, que se veía la mar de contento y dijo... tenemos el encargo del Señor Todopoderoso de explicarte algunas preguntas que desees saber. Pero primero, el gran Dios te manda unos regalos, nueve en total, con los cuales te será más fácil entender las respuestas que has planteado en tu petición al Padre Eterno.

El vestido de rojo, nada discreto, tomó a Juan y lo sentó en sus piernas y le dijo... Yo soy San Nicolás y quiero mucho a los niños porque me recuerdan al niño Jesús. De apodo me

dicen Santa Claus -continuó hablando- porque los chiquitos no pueden decir San Nicolás y a mí no me importa que así me digan. "Te diré un secreto -siguió- que sólo puedes decir a Maritere, porque ella también lo pidió con fe: La primera parte del secreto es que Dios trae los regalos y que son nueve los más grandes e importantes. El primero está ahí, a tu derecha, bajo el árbol, en donde se ve una figura gorda y roja, parecida a mí, colgando del pino. Me ha encargado el Señor de la Eternidad, en representación de Su Amor, el dártelo primero, para que luego puedas recibir los otros ocho regalos que para ti ha dispuesto, desde el cielo y la eternidad.

Juan, ni tardo ni perezoso, se lanzó sobre la hermosa caja, la que le había apuntado con el dedo Santa Claus; tan presuroso que no notó la gran estrella del árbol brillar con más intensidad. Tomó el regalo y al abrirlo, desgarrando apresuradamente el envoltorio y el moño, encontró ahí sólo una piedra, brillantemente pulida, pero al parecer sin ningún valor. Había en ella un letrero, preciosamente escrito, como con letras del oro más fino, y decía..."Por mí Amor, te participo Mi Ser"

Juan quedó confundido, sin entender en qué podía servirle aquella piedra más bien chiquilina, como las miles que había visto junto a un río. Santa Claus reía a plena carcajada, lo que hizo reír también a Juan y lo confundió aún más... ¿qué tipo de respuesta era esa? ¿Qué regalo tan extraño era aquél? Juan se esperaba algún carrito morrocotudo, o algún avión que volara al menos unos metros por los aires, pues eso había pedido en su carta... ¡qué confusión!

José y María rieron también de buena gana, lo que alentó a Juan a acercarse, también entre risas, llevando en las manos aquella piedra del tamaño de una manzana, hasta cerca del buey. Se sentó en la paja del establo, tratando de entender la comicidad del evento, sin lograrlo. Acercando el extraño regalo a María, le preguntó ¿Y esto qué es?, a lo que María, tomando al niño en sus brazos le dijo:

"El Señor te da el ser, como a esa piedra, para que puedas estar aquí, como ella, y recibir el tiempo que necesitas para abrir los otros ocho regalos que te dará. Nada serías, si el Eterno no te diera un pedazo de Su eternidad, don que ya tienes como primer gran regalo desde que estás en el tiempo. Agradece siempre por ello al Padre del Tiempo, porque la nada es horrible...y como tú no querrás ser nada, por eso te regala el ser"

Juan quedó convencido... Él no quería ser "nada"... por nada del mundo, y ya que tenía el regalo del tiempo aprovecharía para ver los otros ocho regalos que, por orden del Señor que da el ser, estaban ahí preparados para él.

Pidiendo ahora permiso a San José y esquivando ágilmente a un borreguito que se le atravesó, se acercó al árbol y tomó el segundo regalo que ahí estaba, aunque ahora sí alcanzó a ver que la estrella de la cúspide emitió como un relámpago de luz.

El papel era blanco y el moño era azul. Lo tomó con más cautela que el anterior y lo abrió sigilosamente, volteando a ver la cara de la Virgen y José, preparado a recibir algo bastante inesperado. El paquete se deshizo ante la presión de las manitas del niño pero ahí sólo había una flor, una alegre nochebuena roja y alargada, como muchas que había visto en los últimos días. Al ver de nuevo la cara de asombro que puso el niño, Santa Claus soltó tremenda carcajada y la Virgen rió de buena gana también, aunque bastante más discreta. Juan acudió ahora a los brazos de San José, aunque esta vez pisó sin querer al borreguito que seguía merodeando el lugar, mordisqueando.

Entre baalidos del lanudo y la risa de toda la reunión, San José tomó a Juan entre sus manos toscas y fuertes, aunque con gran delicadeza, y le dijo: "El Dios de la Vida te participa de

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

Su fecundidad, porque El es fecundo en Su Hijo, como la flor es fecunda también", y por eso, por Su Amor, te participa del fruto de Su fecundidad, y te da la vida..."

Juan quedó quieto... callado. Nunca había pensado que la vida fuera tan gran regalo... ¿cómo nunca lo había notado? Y tomó la flor y la miró con atención, tratando de evaluar aquel don que nunca había siquiera ponderado.

San Nicolás volvió a reír a carcajadas, al tiempo en que María acariciaba el pelo del sorprendido Juan, que no salía de su asombro por lo que ahí veía.

El niño quedó pensativo... como queriendo tomar aire antes de abrir el tercer regalo, analizando en su mente lo que había pasado, sin entender como se relaciona la secuencia de preguntas que hizo al cielo y las extrañas respuestas que obtiene cuando abre cada regalo. Volteó a ver otra vez aquel inmenso árbol lleno de luces y sólo atinó a poner cara de "no entiendo nada" al tiempo en que de nuevo, todos reían.

Más prudente, esta vez pidió al de las barbas más abundantes si le podía pasar el tercer regalo, a lo que San Nicolás respondió: "Ahora que participas del Don del Dios de Vida, ya puedes recibir el tercer regalo que te da el Gran Señor..." y le pasó un pequeño -muy pequeño- paquete rojo, que a juzgar por su limitado tamaño, era fácil pensar que no podía tener gran cosa adentro. Calladamente lo abrió Juan al tiempo en que notaba la luz que volvía a salir, a torrentes, de la elevada estrella en el árbol.

Había en la cajita una luz extraña, pero tangible, que al ser tomada entre los dedos, se deshacía como talco y alumbraba todo lo que tocaba, haciéndolo brillar, y luego se extendía como aceite desde los dedos, lentamente, subiendo por la mano, el antebrazo y el codo, y luego, por el brazo hasta el hombro. Juan se asustó un poco, trató de quitarse discretamente aquella luz pegajosa que se encaramaba ya por el cuello, y volteó a observar a la Virgen y José, con mirada inquisitiva y un poco nerviosa, como si algo hubiera hecho que producía que todo saliera mal..., pero no: La Virgen estaba más contenta que nunca al ver al niño invadido por doquier de aquella callada luz que le cubría ya todo el cuerpo, haciendo que brillara como enorme luciérnaga en la noche.

El Santo de enormes barbas y abultado vientre reía más que nunca y puso el niño tal cara de confusión, que San José lo fue a levantar de entre el burro y el buey, que habían ido ahí, atraídos por el fenómeno aquel. Juan volteaba inquisitivo en todas direcciones, buscando una explicación de aquella luz tan extraña que lo hacía brillar, invadiendo toda su piel... y pronto encontró la respuesta.

San José lo tomó entre los brazos, esta vez con más cariño, como quien ama cada vez más, y le explicó calladamente...

"Por Su Amor, El Señor de la Luz te participa de Su Semejanza- y el alma que te dio al venir al mundo es lo que ahora brilla con la Luz del Padre Eterno, para que la veas y sepas que por ella puedes llegar a ser hijo de Dios. Cuando el alma es bautizada entonces eres en verdad hijo de Dios, hijo adoptivo. El regalo es de filiación y Paternidad: el Padre Eterno es por eso Padre tuyo, y tu eres por eso hijo de Dios. Ese es el tercer regalo del árbol de Navidad, regalo inmenso, ya que por ello ya no eres sólo animal, pues por tus ojos ve, no sólo el cuerpo, sino también tu alma. Por eso eres consciente de tí, por eso eres consciente de Dios. Los animales no pueden entender estas dos enormes verdades, que conforman todo el existir del hombre, por eso no son bautizados como lo fuiste tú."

Juan quedó mudo...¡hijo de Dios!... y María le susurró al oído...¡príncipe heredero de Su Gloria...!

Se hizo un largo silencio... como dejando que el pequeño entendimiento de aquella creaturilla penetrara en la última afirmación, nada sencilla de digerir. Juan se abrazó a un borreguillo que balaba triste y acariciando al lanudo le decía: "pobrecillo, a ti no te dieron ese regalo tan lindo que me dio el Señor a mí." Y el borrego nada entendió, porque al no tener alma, tampoco tenía racionalidad.

Mientras el brillo de Juan se iba penetrando por la piel, buscando así la morada del alma, volvía su color a la normalidad. En eso, entre risas, el santo burlón, mensajero del Amor de Dios, se acercó al cuarto regalo.

Este regalo estaba envuelto en papel dorado, brillantísimo en verdad. Era pesado, tanto que a Juan se le doblaron las manos pequeñas y se le cayó al suelo, al tiempo en que todos reían. Asustado, por si algo se rompía adentro del envuelto regalo de Dios, Juan trató inútilmente de levantarlo y en eso estaba, cuando los fuertes brazos de San José tomaron el regalo y al niño, los pusieron sobre sus piernas y dejó José que el niño abriera el papel dorado para encontrar lo que era el regalo aquel.

Juan quedó muy contento. Entre el envoltorio asomaron las pastas de un hermoso libro, que con letras también doradas y decía: "Palabra de Dios"

Discretamente, San Nicolás tomó el libro aquel y lo besó pausado, pues corrían lágrimas de sus ojos del entusiasmo, recordando las miles de veces que había besado aquel libro Santo allá en Bari, la ciudad donde había sido Obispo y acarició a una ovejita porque era buen pastor. Juan vio entreojos como María se llevaba las manos al vientre, destilando gusto y emoción y a José le brillaban los ojos más que las letras doradas del libro aquel. Juan observaba la escena pero no entendía por qué aquel regalo producía tanta emoción, hasta que de nuevo José le tomó contra su pecho, pues seguía sentado en sus rodillas y le dijo..."con este regalo, el Dios de Verdad te participa Su Ciencia, Su Sabiduría, Su Palabra... y con ello te prepara porque el próximo regalo es enorme en Verdad, enorme en Palabra, enorme en Bondad."

Juan volteó a los pies del árbol, buscando el próximo regalo, (ya que apenas iba a la mitad de los que le habían prometido)... y sólo vio al chivo que se acercaba, interesado, al gran libro... y que San José rescataba de ahí con rapidez -tal vez porque algo le sabía al goloso chivo aquel-.

Volvió Juan a mirar el árbol y no había nada. San Nicolás apuntaba, feliz, a un espacio vacío. Nada había allí. La Virgen se levantó por primera vez y San José fue con ella al árbol, al tiempo en que el Santo de Bari se ponía de rodillas y comenzaba a llorar a moco tendido, limpiando sus lágrimas con sus blancas barbas ¡Todo en él era emoción! La Virgen brillaba de alegría y San José se movía nervioso, sin apartar la vista del espacio aquel justo debajo del tronco mayor. De pronto la estrella del árbol aumentó de brillo más y más, hasta hacerse una luz cegadora y aquella luz intensa bajó por el tronco y se posó en el espacio vacío aquel, al tiempo en que María extendía sus brazos y tomaba de ahí a un niño chiquito, de color de rosa, que apareció de repente y que absorbía toda la luz que salió de la estrella. Santa Claus empezó a brincar de gusto, pisando al pobre chivo que se había metido en la casa aquella, ya sabemos con que intención. San José echó pronto una manta sobre la madre y el niño y Juan se quedó mirando sin entender.

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

-¿ Y mi regalo...? -pensó con un poquitín de egoísmo- ¿en dónde está?

Todos se olvidaron de Juan, porque estaban admirando al niño que salió de la luz del árbol aquél y que llegó al pie del pino triangular, lleno de luces, al nacimiento pobre pero feliz.

Juan no salía de su asombro, y discreto se buscó también el ver al niño. San Nicolás, por ser el más gordo, decidió mover su enorme panza y dejar espacio a Juan, que se acercó al pequeño que estaba en brazos de María.

Se hizo un largo silencio. Algo le decía a Juan que aquel Niño debía de ser también un gran regalo. Pensando, pensando, recordó entusiasmado, y entendió... ¡pero si es hoy Navidad, día del nacimiento del Niño Jesús!; es el Niño Dios que se da a Sí Mismo, es Dios que se participa a Sí para nosotros. Y no necesitó de más explicación; era el más grande regalo que jamás había recibido: Era Dios: el que le dio ser y vida, el que le dio entendimiento y Verdad -era Dios-, y quiso acercarse y María vio a Juan entusiasmado y puso al niño entre sus brazos y el niño le sonreía y Juan no pudo más y también lloró de gusto y emoción. El regalo era inmenso, tan grande que no alcanzaba a comprender y seguía llorando de emoción al tiempo en que el pequeñito reía en sus brazos.

¡Es tan bellísima unión! dijo José, quien de cerca se comía al niño con los ojos y lo devoraba con el corazón. "Guarda siempre bien al niño, Juan, no le hagas daño, quiérello como lo quiere María", quien callada observaba y guardaba todo en su corazón, al tiempo en que las luces del árbol brillaban con loca intensidad, cambiando de colores y -¿quien lo diría?-, cantando como coro celestial..., "Es el Señor del Perdón" -escuchó Juan cuando le susurró María- "¡el prometido por los profetas!", al tiempo en que la Virgen tomaba de nuevo al recién nacido y lo mecía en sus brazos, cantándole alguna cancioncilla de las tierras de Israel.

Pasaron como dos horas. María le puso al niño una limpia sabanita como pañal ¡no fuera a ser...! y Juan abrió bien los ojos y se quedó quieto observando y preguntó, siempre curioso: ¿como es que Dios viene así, tan indefenso, que necesita que le pongan pañales?

San Nicolás, que también se había hecho esa misma pregunta muchas veces, reconoció la duda con sólo ver la cara de Juan y le dijo:"por Su Amor, Dios se da a Sí Mismo a los hombres. No lo trates de entender, pues necesitarías tener el Amor de Dios en tí para comprenderlo, porque sólo partiendo de un Amor Infinito se entienden las cosas de Dios, y tu amor y el mío son finitos. Por eso, deja a Dios hacer Su Obra, goza las cosas de Dios y acepta la pequeñez de tu amor y de tu entendimiento... respeta con humildad el misterio del Amor de Dios y pide Su luz, para que entiendas aquello que sólo con la luz de la Verdad puede entenderse y cree lo que no puedas entender, porque es Dios Todopoderoso quien lo dice, y eso basta para que sea".

Un tiempo pasado, Juan apartó los ojos del niño que ya dormía, y como no queriendo, volteó a ver el árbol en donde todavía estaba la promesa de cuatro regalos para él. De reojo miró la cara del San Nicolás, quien comprendió la inquietud del niño, y le dijo..." esos regalos que faltan te los guardará el Señor para otros días, las próximas Navidades. Goza este año del tiempo y la vida que te otorga el Altísimo... cultiva el alma y estudia la Verdad, recibe a Dios en comunión con frecuencia, y pronto te traerá el Niño de nuevo a este árbol para darte los otros cuatro regalos que quedarán para tí al pie del pino.

En eso estaba cuando notó que había ya muchos más animales... y niños, ¡y hasta un gran elefante!

Ahora despertarás, le dijo San Nicolás, y Juan volteó para mirar de nuevo a la Sagrada Familia, pero sólo quedo en sus ojos la imagen borrosa del árbol triangular, con sus pequeñas luces, y con su gran, gran estrella en la cúspide, el niño pequeño en un extremo y el mensajero del Amor de Dios, grande, muy grande, en el otro.

LA SEGUNDA NAVIDAD.

Juan despertó con la luz matinal, recordando con detalle el sueño. Bajó corriendo al árbol y encontró dos regalos; el carrito morrocotudo que había pedido y un avión de madera muy ligera, que volaba con sólo lanzarlo por los aires. Jugó unos minutos con aquellos juguetes tan bonitos, hasta que el carrito fue a chocar con el nacimiento, en una piedra que conformaba parte de la gruta-establo del niño Jesús. Entonces recordó el regalo primero y luego vio varias flores de papel y los animales... que tienen vida pero que no tienen alma. Sin tardar volvió la vista hacia el San José y la Virgen y vio allí al niño recostado y recordó complacido todos los regalos que había recibido del Señor. Buscó a San Nicolás y lo encontró como muñeco, en el otro extremo del árbol, con su vestido rojo como de bombero y muy sonriente ¡eso sí!

Vino a su memoria como le habían dicho que debía contar todo a su hermana María Teresa, por lo que corrió sin pérdida de tiempo a llevar la buena nueva a aquélla que junto con él elevó las preguntas trascendentes al cielo y la encontró jugando con una preciosa muñeca. Le platicó el sueño y le confió que pediría en la próxima Navidad que la llevaran a ella también a ver a aquel árbol grande, donde las figurillas se tornaban con vida y le explicaban las verdades de la Navidad. La chica quedó entusiasmada con la idea, sin saber a ciencia cierta si su hermano no se habría vuelto un poquitín chiflado.

En un par de meses Juan hizo su primera comunión. Se acordó de aquellas palabras de San José: "no le hagas nunca daño al niño Dios..." y lo recibió siempre bien confesado y con mucha devoción, pidiéndole a José, a María y al Amor de Dios, poder complacer al Niño siempre que lo recibía en la ostia consagrada. Se acordó de las palabras de Jesús que le enseñaron en el catecismo: "Yo soy el pan de vida... este es mi cuerpo... el que come de este pan tiene la vida eterna... haced esto en memoria mía..." y se gozó de la Palabra de Dios que podía hacer tanta maravilla... y junto con el tiempo, la vida, la libertad del entendimiento y la Verdad, que es la Palabra de Dios, agradeció el estado de gracia, el perdón que recibía por medio de la confesión y que permite a Dios hacer morada en el corazón del hombre. Agradeció que le participaran el don de la pureza del alma, tal como Dios se lo dio a aquella Virgen Inmaculada. En ella entró el Señor Dios cuando vino al mundo, como entraba ahora en él durante la comunión, y se quedó pensativo, recordando al

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

Hijo en su cuna, a San José como padre y al representante del Amor de Dios, grande y feliz, pasándole los regalos.

Juan trataba de ir seguido a comulgar y a confesarse para estar siempre limpio para Dios. Buscaba ir con papá y mamá, pero en especial con su hermana ya que sentía responsabilidad de recordarle de la multitud de regalos del ser y la vida y que se remataban en el perdón de las faltas y la unión con Dios. Sin embargo la Misa era tan larga que a veces se aburría.

Pasaron así los meses y ya pronto iba a ser la próxima Navidad. Papá y mamá pusieron el árbol de nuevo y Juan los ayudó con más ganas que nunca. Puso con cuidado a la Virgen y a San José, luego, del otro lado del nacimiento, colocó a San Nicolás. Siguieron los animales y las plantas, acordándose de cortar unas flores de nochebuena y ponerlas junto al árbol, agradeciendo el don de la vida. Luego tomó en sus manos la gran estrella de la cúspide y la admiró con verdadero entusiasmo, pues de ahí salía la luz que luego se convierte en regalos.

El día veinticuatro, Juan fue el primero en levantarse, despertó a María Teresa y la llevó corriendo a la Iglesia, tan de prisa que ni siquiera sintió el frío de la mañana. Ahora había aprendido y en vez de pedir al cielo, pediría ante el Sagrario, donde estaba Dios más cerca que en ningún lugar. Pidió de nuevo que le dijeran más de la Navidad y le urgió a María Teresa para que también pidiera, la llevó a confesarse y se confesó también él, porque alguna faltilla había cometido. Ayudó a su mamá y papá a decorar todo para la cena y cuidó un rato al hermano más chico, que apenas gateaba;

- "en cuatro patas, como animalito, ¡pero ya hijo de Dios...!", pensó para sus adentros.

La cena vino pronto, se repartieron los regalos de la familia y luego se durmieron los más pequeños. Juan empezó a sentir el sueño, y entonces tomó con fuerza la mano de María Teresa, decidido a llevarla con él al sueño de Navidad, hasta que quedó dormido.

¡Había gran barullo bajo el enorme árbol, que era igual al del sueño anterior!

Juan volteó para asegurarse de que aquello que tiraba de su mano era María Teresa, pero está dormía profundamente.

Notó en este segundo sueño algunos cambios importantes: Primero, Santa Claus ya no estaba vestido de rojo bombero, sino de color negro y púrpura y el gorro de payaso era ahora una mitra de obispo, como el que daba las confirmaciones en la parroquia. Sin embargo, aunque más delgado, su cara era la misma y su risa también.

La Virgen había cambiado igualmente. Ahora, su vestido era blanco deslumbrante y su sonrisa más atractiva que nunca. San José ya no estaba y ya no había cuna. Buscó al niño en los brazos de la madre y por los lados, pero no lo encontró. Volteó a ver el gran árbol y notó con alegría la presencia de la gran estrella que da la luz de los regalos, como el año pasado.

Saludó y fue saludado con cordialidad por los tres que ahí estaban. Lo que más llamó la atención del curioso fue el brillo intenso del vestido, ahora blanco, de María. No pudo evitar el decirle

-"qué bonito traje... ¿por qué brilla así?";

a lo que María contestó:

-"Es un regalo de la Trinidad, que es tres veces Santa, y como a ti te participó de Su semejanza con el bautizo, a mí me participó también de ella haciéndome Inmaculada desde que me dio alma limpia, como limpio es Él, y así puedo ser digna esposa del Espíritu Santo y Madre de Dios". Y prosiguió: "el vestido blanco, el participar del Ser Inmaculado de Dios, es el traje de novia que el Padre me mandó a hacer y es así como recibí al Hijo y al Espíritu Santo. Por eso me gusta ser llamada Inmaculada Concepción, o sea, nacida sólo para Él".

Más complacido por la amabilísima mirada de la Madre de Dios, que entendido de lo que escuchaba, se acercó a su lado y de esa nueva posición vio a San Nicolás.

El curioso sólo atinaba a hacer más y más preguntas, por lo que hizo la siguiente: ¿Y a ti, por qué te encargaron dar los regalos a los niños como yo?

San Nicolás exhaló un largo suspiro, como tratando de remontarse a un lejano pasado, se sentó, acercó a Juan y le contó esta historia:

Allá en Mira, ciudad de Asia a en donde yo era obispo, hace muchos años, había un carnicero despiadado. Se acabó el dinero de sus últimas ventas en borracheras y maldades, y luego no tenía con qué comprar el animal que cortaría para poder vender la carne que ofrecía los domingos, en la plaza. Como no quería perder el negocio, se robó unos niños de la calle y los cortó para venderlos como carne de cerdo, que al fin los niños tienen la carne clara, como aquel animal. Su esposa, horrorizada al ver aquello, vino y me contó lo que el malvado había hecho con aquellos pequeñines.

Fui corriendo al lugar y rompí a llorar al ver el espectáculo. Las cabecitas por allá, unas piernas acá, las manos por el otro lado y todo lleno de sangre aún caliente de los niños destazados. Llorando y sin saber que hacer, le quité el gran cuchillo al hombre aquel y junté los pedazos de los niños cortados ya para su venta, al tiempo en que pedía al Señor luz para saber qué hacer y clamaba por el auxilio del cielo. Las partes de los niños, milagrosamente, se movieron y se colocaron de tal manera que los cuerpos se reconstruyeron, y pronto los niños regresaban a casa con sus papás, viviendo y corriendo, sin siquiera recordar lo ocurrido, como si nada les hubiese pasado. El carnicero fue arrestado por la policía y yo acudí al Sagrario -espantado un poco por lo que acababa de pasar- a dar gracias a Dios. Después, cuando entregué mi alma al Eterno, me encargaron acercar a los niños a Dios, lejos del Satán malvado, porque los descuartiza igual que el carnicero de Mira -tentándolos con el pecado- y los lleva a las tinieblas, lejos de su padre Dios. Por eso me dio el cielo el encargo de representar a Su Amor ante los niños y darles pequeños regalos, para que se acostumbren a pedir siempre a Dios.

El curioso quedó satisfecho. Una de sus principales preguntas había sido contestada al fin y ya sabía por qué Santa Claus -San Nicolás- tenía el encargo de traer regalos a los niños.

Ni tardo ni perezoso, Juan volteó a buscar los siguientes regalos bajo el árbol. Caminó hacia el lugar en que esperaba encontrar el siguiente paquete y vio la estrella brillar de nuevo intensamente. De la luz que bajó por el árbol en cuestión de un segundo, brotó un hombre barbado, con olor como a pescado, manos fuertes, piel quemada y arrugada. El hombre se dirigió a la Virgen antes que nada y la saludó con gran respeto. Luego recibió un

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4}

saludo de San Nicolás, quien se bajó y le besó la sandalia. Luego el pescador -no podía ser otra cosa- se acercó a Juan, lo abrazó cálidamente y le dijo... "El Señor nuestro Dios te manda este regalo -y rozando amablemente la mejilla de Juan, prosiguió diciendo- te da la Iglesia, a la que yo, Pedro, Obispo de Roma, represento.

Juan el curioso quedó de nuevo confuso, por lo que volteó a ver a la Virgen y a San Nicolás pidiendo la ya acostumbrada explicación. La Virgen tomó de nuevo al niño entre los brazos y le explicó..."la obra de mi Hijo Jesús tiene un cauce... un manantial que brota de la acción del Espíritu Santo en sus apóstoles. Tal como hizo Dios el tiempo, que es un cauce en donde la materia se mueve por la energía, hizo también el "tiempo de la Iglesia", en el que se mueven las almas en gracia, por la presencia del Espíritu Santo -Amor de Dios- y por los Sacramentos. Este es el camino que prometió por la pluma del profeta Isaías, cuando escribió por orden de la Sabiduría Infinita lo siguiente":

"Y habrá allí una senda, una calzada,
que se llamará camino santo.
Ningún inmundo lo pisará,
será solamente para ellos;
Los que siguen ese camino,
aún los sencillos, no se extraviarán".

La Virgen continuó diciendo:

"Es un camino que lleva a la santidad, no como la imaginan algunos hombres, sino como la formuló Dios mismo, por medio de su Iglesia Santa, sus representantes primeros, que son sus apóstoles y por los herederos de estos últimos, que son sus obispos. Dios no deja nunca a su Iglesia, siempre está guiada por mi Hijo Jesús, ya que les envía al Espíritu Santo día con día, desde que lo envió por primera vez en Pentecostés y hasta el día de hoy".

Siguió la Señora enseñando al niño:

-”La enseñanza de la Iglesia de mi Hijo es la voz del Espíritu de Dios: escúchala, sobre todo cuando va en contra de lo que dicen los hombres, con su pobre ciencia. Los que siguen ese camino, aún los sencillos, no se extraviarán y llegarán a participar de la Gloria del Padre”.

Esto fue demasiado para un niño de ocho años, pero entendió con sólo ver la sonrisa de la Virgen, que debía de ser algo muy bueno, algo que complementaba la secuencia de regalos que había recibido, desde el ser y la vida, hasta la Iglesia.

San Pedro, después de charlar cordialmente con San Nicolás, regresó al curioso Juan, lo tomó de la mano y le siguió diciendo... "Dios nos ha entregado las llaves del Reino. Ven con nosotros y tendrás acceso en las puertas del cielo", al tiempo en que lo cargaba y lo llevaba hacia el árbol. Lo subió en sus hombros fuertes, acostumbrados a jalar enormes redes y lo puso frente al árbol inmenso, lleno de luces y bolas reflejantes. Ahí le siguió diciendo:

-”preguntaste al cielo qué era este gran árbol que aparece en los hogares cristianos en la fiesta de la Navidad; pues bien- te manda decir el Altísimo-, que es su imagen, la imagen de la Trinidad, la que da el tiempo y la vida, el entendimiento y la Verdad, la Iglesia y el perdón de los pecados. Es la Trinidad Beatísima, que se esconde siempre de los hombres, pero se deja ver con los ojos de los niños y de los que están llenos del Espíritu Santo. Las luces que brillan te deben recordar a los santos de Dios, porque descansan ya en el Señor, con sus ángeles, en el cielo"

A la derecha de nosotros- continuó diciendo- está la imagen del Amor de Dios, su Espíritu Santo, que siempre precede las obras de Dios, y que es grande, desbordante. La gran estrella que brilla en la cúspide, es imagen del Principio Trinitario, Dios Padre, que engendra a su Hijo por su Amor, desde antes del tiempo, y con Él y su Amor, hace todo lo que hay en la Creación. A la derecha del Padre, está el Hijo, que se hizo hombre en María y ahora es cabeza del cielo. Ahí los hombres pueden participar de la Gloria y es juez de los vivos y muertos, y a los justos dará felicidad eterna.

Aquello contestó todas las dudas de Juan, que pensó atinadamente:

"pero si es la imagen de la Trinidad que me enseñaron en el catecismo. Por eso puede todo; por eso da todo; por eso brilla en bondad, con luz intensa cuando se inflama el Amor; cuando crea de la nada los dones de la Creación, por su Providencia"

La Virgen, San Nicolás y San Pedro estaban de pie, mirando aquella representación del Dios Uno y Trino, como absortos en la grandeza de la Obra de Dios. En esto, la estrella grande, la Imagen del Padre, comenzó a brillar intensamente.

"Faltan tres regalos", pensó Juan para sus adentros, y siguió con atención el camino de la intensa luz que bajó desde la estrella que representa al Padre. Una vez más, el enviado fue un hombre que apareció visiblemente contento, al pie del árbol.

La alegría de los tres acompañantes del curioso fue inmensa. Un joven, como de veinte años, apareció bajo las ramas del pino, sonriendo también. Se dirigió a María, a la que besó como a una madre queridísima. Luego saludó a Pedro, a San Nicolás y al final, a Juan el curioso, diciendo;

"Mi querido Juan, soy yo, Juan, el apóstol amado de Jesús y es en mi memoria que te bautizaron con el nombre que usas. Te hemos visto desde el cielo comulgar y rezar frecuentemente y el Señor entra contento en tu Alma, por lo que te da la gracia, su propia naturaleza íntima, y te deja ahí al Espíritu Santo, para que more en ti y tú con El, para la Gloria de Dios"

Al tiempo en que tomaba al niño entre sus brazos, le seguía platicando:

"Eres por eso amado de Dios, como yo lo soy también, junto con todos los santos. Tus actos buenos ya no son de amor humano, sino de Amor Divino, porque ya actúas con los dones que te regala el Padre desde que estás en gracia y que vengo yo a explicarte. Es tu séptimo regalo... los dones del Espíritu Santo, que te harán actuar al modo divino. Tu piedad será como la Piedad de Cristo, porque él también estaba lleno del Espíritu de Dios; tu entendimiento se asemejará al de tu Padre Eterno, por que estás lleno de Su Amor, que es el Espíritu Santo. El será tu maestro y tu guía, con la condición de que no lo eches de tu alma por el pecado"

A Juan no le pareció que el regalo fuese tan bueno como los anteriores; le costó trabajo entender lo que aquello significaba. Esto lo notó la Virgen María, quien de nuevo intervino, sentándose junto a los dos Juanes y se dirigió al curioso:

"Cuando mi hijo fue apresado para matarlo, los apóstoles corrieron- y hubo uno que hasta lo negó públicamente", le dijo con cariño, al tiempo en que a Pedro le subía un intenso rubor que le puso la cara roja como tomate. "Pero después de que el Espíritu Santo les fue

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

enviado por el Padre y el Hijo en Pentecostés, ya no huían o le negaban, sino que confesaron su filiación hasta la muerte. Es así como se nota la acción del Espíritu de Dios"

Continuó San Pedro diciendo:" Por otra parte, Juan Evangelista, el que te tiene en sus brazos, se mantuvo firme en la Cruz, sin correr a esconderse, como hice yo, porque el Amor a Jesús le sostuvo el ánimo, ya que ese Amor a Cristo, cuando el hombre limpio de alma, es el mismo Espíritu de Dios que ahora te manifiesta la Trinidad como regalo"

El Apóstol amado continuó explicando:"Con él podrás ganar la batalla contra Satán, para entrar en la Gloria prometida por Dios a los vencedores. Es como una gran espada que te permitirá deshacer los nudos de la voluntad y del entendimiento que te tratará de anudar el diablo malo, el carnicero de los hombres, para llevarte al infierno,

" -¡ como si fueras carne de cerdo y no hijo de Dios!"; se oyó decir en voz alta a San Nicolás, -"sin ellos te echará al perol de las fritangas"-, resumió.

"Es en verdad un gran regalo de Dios." Dijo al fin María, la Madre de la Iglesia.

Al curioso Juan le pareció excesiva la explicación, y de nuevo pudo más el rostro amable del amor hermoso de María, que todas las explicaciones juntas. Volteó a ver al apóstol Juan y le dio las gracias por el regalo aquél, y en las profundidades del alma del niño se hizo un cambio muy sutil, que no se verá hasta que el momento apropiado le llegue al curioso, como a todos nos llega.

Viene el octavo regalo, dijo entusiasmado San Pedro. Sin él, ¡qué hubiera sido de todos los hombres!

De nuevo se pusieron de pie todos los ahí presentes y la estrella de la cúspide empezó a brillar otra vez, con cegadora intensidad, como cuando llegó el regalo del Niño Jesús.

La luz que anunciaba cada don bajó por el árbol en un instante, tan rápido que Juan el Curioso dio un paso atrás y por poco y se cae, pues había un corderito dormido a los pies de la Virgen y con él sufrió un nuevo tropiezo.

La luz cegadora se esfumó y tardó Juan un momento en poder apreciar lo que el Padre había dispuesto para él como octavo y penúltimo regalo.

Era un crucifijo de regular tamaño.

Todavía cegado por la intensa luz se acercó a mirarlo, curioso como siempre, y de pronto, ¡quedó petrificado!

El Cristo aquel, no más alto que su rodilla, se movía y sangraba verdaderamente.

Impactado Juan por el Cristo vivo -que pendía de la cruz horriblemente maltratado en la piel, los pies y manos taladrados, la cabeza desgarrada por feroces espinas y la cara amoratada por las caídas-, difícilmente pudo retener un grito de espanto, y volteó hacia la Virgen y escondió la Cara en su vestido.

-"El así lo quiere" le dijo la madre al niño; "El ama al dolor, porque en eso se asemeja al Padre, dolido por el pecado. El Amor de Cristo por los hombres, lo lleva a buscar el sacrificio, digno de Dios, porque Cristo es Dios mismo; y pronto vendrá la muerte a aliviar su dolor, y entrará con Su Cuerpo Glorioso a la morada que con su Redención ha construido para nosotros los hombres".

Juan el curioso no quería ver a Jesús crucificado, por lo que siguió clavando su cara en el manto de María y no supo qué fue lo que hicieron los demás presentes. Escucho las frases, de una voz, como de alguien que se ahoga:

"mujer, he ahí a tu hijo...; Juan: he ahí a tu madre...; todo está cumplido"

Sólo sabe que despertó teniendo todavía de la mano a su hermana, que nunca había despertado. Estaba sudando de la impresión. Buscó a la Virgen por todos lados, pues anhelaba su presencia, pero sólo encontró su imagen, en un cuadro colgado de la pared.

"He ahí a tu madre"...se acordó.

Recorrió con la vista la sala en que estaba vestida de adornos navideños y sus ojos se fijaron en un Cristo que su papá había colocado en un librero y lo miró largamente...

El curioso no cesaba de hacer preguntas, por lo que atinó a comenzar sus pensamientos con una más. ¿Qué clase de regalo era aquél?... Sacrificio y muerte pensó para sus adentros. ¿Eso que tiene que ver conmigo?

Dos horas más tarde, el curioso husmeaba por toda la vecindad, orgulloso de la bicicleta que encontró esa mañana al pie del árbol de navidad.

LA TERCERA NAVIDAD

Tres meses transcurrieron apenas de aquel impactante sueño.

La primavera llenaba los aires de trinos y las aves migratorias regresaban a sus lugares de verano, volando en forma ordenada hacia el norte. Los árboles vestían sus nuevos follajes y el clima era otra vez benigno. Sin embargo la bicicleta de Juan estaba arrumbada en un rincón ¡Hacía días que el curioso no hacía una sola pregunta!

El doctor se vio en apuros al hablar a los padres del niño. Aquello no tenía cura posible. El enfermito se iría debilitando. Había, claro, medios para alargar un poco la existencia del callado niño que había perdido mucha de su vitalidad, pero aquellas medicinas eran sólo parches momentáneos, que permitirán tal vez algunos meses más...

Al principio, le escondieron a Juan su situación, pero tanto médico y tanto análisis, pronto le indicaron que el asunto no estaba para juegos. Un poco cansado, pero al fin curioso, preguntó a sus papás sobre su estado y entre llantos, padre y madre le contaron la verdad.

"Sacrificio y muerte...", recordó con ese nombre el último regalo que había bajado del árbol triangular.

¡En qué mal momento!

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

Y se sintió tristísimo de tener que desechar los planes que había hecho para el futuro: aquellos formidables viajes que había planeado con papá, los estudios brillantes en medicina que deseaba cursar, la diversión con sus amigos, los partidos de pelota...

¡Qué difícil dejar todo aquello!

Los días pasaron, y los medicamentos trajeron una mejoría pasajera. A Juan lo llevaban al médico cada semana, y al Sagrario también. En este último lugar podía reclinarsse cerca de un crucifijo del tamaño de aquel que vio en el sueño junto al árbol de navidad. Le reclamó que le iba a quitar los regalos que acababa de darle: el tiempo se le iba por minutos..., la vida..., la libertad... ¿Por qué?

Aturdido por las recientes noticias, pidió de nuevo respuestas ¡curioso hasta el fin!, y en el Sagrario las obtuvo.

Muchas horas estuvo ahí rezando.

De aquel tiempo, regalo inmenso, con el que Dios le participaba el ser y de aquella vida, regalo también, que había forjado el cuerpo con que podía oír y ver; se llegaba a la vida eterna.

De aquella racionalidad, que le permitía obtener buena nota en matemáticas y entender el lenguaje de la Escritura, se verá ahora aumentada por la visión de Dios, pues podrá participar más cerca de la intimidad divina. Eso lo sabía gracias al cuarto regalo del árbol navideño, semblanza de Dios: la Palabra de Dios. Que hermoso era tener la certeza de la vida eterna, de la compañía de los suyos para siempre, para siempre.

Estaba en la Iglesia. No sólo en el edificio, físicamente, sino como parte de la gran familia de los hijos de Dios. Debía esforzarse para ser digno, como príncipe heredero, ante la inminencia de enfrentar con dignidad y decoro el juicio final.

Y luego, la muerte no debía de ser tan terrible. ¿No habían muerto también la Virgen y José, San Nicolás, San Pedro y San Juan, a los que vio sonreír en aquellos sueños?

Se acordó del Amor de Dios, que da todos los regalos y pensó que no podía dar un mal regalo, que aquello de sufrir y morir no podía ser tan indeseable como a primera vista parecía. Y quiso identificarse con ese Amor Infinito, movido por el Espíritu Santo y se acordó de los principios que había escuchado en la doctrina: "Amarás a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo;... amaos los unos a los otros, como yo os he amado;... sed perfectos, como el Padre celestial es perfecto".

Sacó de estas palabras la convicción de que ese tiempo que le restaba de vida terrena, había de ser especialmente atento para con el prójimo, y con respecto al Padre, Creador del cielo y de la tierra, comprendió que había que ser creador, con sus obvias limitaciones, y por el Amor a Dios, buscar Su Semejanza. Vio claramente que así había hecho el Hijo, que se identificó siempre con el Padre por el Espíritu Santo, y ese fue entonces su mayor deseo: Seguir, con sus limitaciones, las huellas de Cristo.

Y se acordó del Cristo en esa terrible Cruz y se acercó entonces a María...

Los siguientes días fueron de lo más satisfactorios. Quiso volver al colegio, para poder contarle a todos la historia de la navidad. También hizo lo posible por sacar la bicicleta y dar la vuelta, para gozar de este tiempo, de esta libertad, de esta conciencia de ser hijo de Dios y se llevaba a María Teresa, y le contaba de los dones del Espíritu Santo. Cuando se entristecía, iba corriendo al Sagrario, y cuando aquello le dolía, ya no se quejaba tanto, más bien recordaba que el sacrificio era un regalo, doloroso, por cierto, pero bien entienden de sacrificio los que quieren ganar en la olimpiada y él quería medalla de oro en salto a la felicidad eterna.

Cuando, por orden del doctor, ya no pudo salir de su cuarto, pidió que le llevaran el Cristo de la sala para acordarse de que aquellos dolores tienen sentido, según le decía al oído el Espíritu Santo que en él moraba, y que no entenderán jamás los que no tienen en ellos al Amor de Dios, de tal manera como las piedras jamás entenderán la belleza de un poema.

Vio caer las hojas del otoño por la ventana. Lo poco que podía hablar lo usó para enseñar a sus hermanos pequeños de los regalos de Dios. El día de la Inmaculada, dos semanas antes de Navidad, entregó su alma al Señor, después de ofrecer los últimos dolores, conciente de que a aquellos que tanto amaba, los volvería a ver y más bien pronto.

¡Era el árbol de navidad más espléndido que había visto, luminoso como ninguno!

Los dolores cesaron y pronto se acostumbró al esplendor de la luz aquella. La Estrella más alta relucía con brillo intenso, como cuando daba regalos. A la izquierda (a la derecha del árbol) donde antes estaba el crucifijo, estaba Cristo sonriente, vestido de un blanco como el que lucía la Virgen en la segunda navidad, y al tiempo en que se aclaraba la imagen, borrosa hasta entonces por tanto brillo, notó mejor la forma ¡pero si ya no era árbol, era la mismísima Imagen Trinitaria!; un triángulo equilátero-, con el Espíritu Santo a la derecha de Juan, sonriendo siempre, pero sin cuerpo ya, sólo como Espíritu, desbordante de Amor por el Padre, por el Hijo y por todo lo que se parece a esas dos Personas de Dios. ¿Cómo sabía Juan que estaba sonriendo, si no tenía cuerpo ni cara, sino que era como una flama, en forma de paloma? ¡Juan sólo sabe que lo sabe y nada más!

El rostro de Cristo le llamó la atención. Curioso hasta la muerte, se acercó a Jesús, para preguntar algo... ¡lo que fuera! Pero Cristo no lo dejó ni abrir la boca. Sabedor de todo, contestó sin tardanza: "ésta aquí para ver si eres merecedor del noveno y último regalo, la Gloria de Dios"

En principio Juan se sintió atribulado, como dudando de su actuación, pero entonces vio a María atrás de Cristo, con una gran sonrisa, guiñándole un ojo. Se sintió totalmente respaldado. Al fin que ella era Madre de Dios... y también madre suya; Cristo se la había dado al pie del árbol, cuando moría clavado en la cruz. De eso se acordaba muy, muy bien.

El Juez comenzó el juicio, y le preguntó:

-"Dime, Juan; ¿Qué has hecho del tiempo que te dí?"

Juan se sintió aplastado, pues no atinaba a recordar lo que había hecho en aquellos diez años de vida que Dios le había dado. Tartamudeó un poquito, nerviosamente, sin saber que contestar, pero de atrás se oyó la voz de María que contestaba: "Trabajó bien los cinco Días de la semana en que había colegio, el sexto día ayudó a sus papás, y el séptimo fue a la casa de Dios, como manda tu Ley. En eso se parece a tu Padre, quien trabajó en Su Obra seis Días y el séptimo descanso en la Casa de Dios, que es Su Casa."

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

Se vio contento a Cristo. El trabajo de Su Padre Eterno y de José, Su padre terrenal, le era muy grato. Recordó con gusto cómo José le había enseñado a ser creativo con el martillo y el serrucho, para hacer cosas útiles y buenas, igual que el Padre Celestial es creativo, para crear cosas útiles y buenas.

El Juez quedó complacido. Hizo entonces la siguiente pregunta: -¿Y qué has hecho de la vida que Dios te dio?

Juan quedó callado, pensando que el tiempo y la vida eran más o menos lo mismo. Pensó con fuerza, pero no sabía como contestar a aquella pregunta.

Nada lenta, María volvió a contestar: " Mi hijo Juan cuidó bien del cuerpo que tú le diste. Se bañó diariamente, se lavó los dientes, comió con propiedad. No fue cruel con los animales, cuidó las plantas del jardín de sus papás. Hizo ejercicio y jugó con sus juguetes, porque era niño, igual que jugabas tú con aquel carrito que te hizo tu papá José, que jalaba el chivo goloso que se comía los papiros y le daba de comer al perro que cuidaba su casa, igual que tú alimentabas los borregos cuando tenías su edad.. Y siguió María abogando:

-“Cuidó también del cuerpo de sus hermanitos, tapándolos cuando hacía frío, y les daba a veces de comer, para ayudar a su mamá, igual que tu Padre Eterno cuida de sus creaturas por medio de Su Providencia.”

El juez volvió a quedar complacido. "Ese Juan tiene cosas buenas de verdad", pensó para sus adentros. A esto siguió la tercera pregunta:

-“De la libertad, de la conciencia del ser que Dios te dio como tercer gran regalo y que te hace diferente a los demás animales, ¿qué has hecho?”

Juan se quedó confundido: ¿qué no es lo mismo la Vida que la libertad? Se quedó pensando, sin atinar qué decir, pero volteó suplicante a María, su mamá y ella estaba lista para abogar por el hijo.

-“De la conciencia de sí, llegó pronto a la conciencia de Dios. Las preguntas que hacía, aprovechando su entendimiento de niño, eran preguntas dirigidas a lo trascendente. No desperdició la libertad en sentarse pasivo, ante una televisión a ver caricaturas de un pájaro más tonto que loco, de donde ningún provecho se puede sacar. Se fijó en aquello que se acercaba a ti, como en la Navidad te acercaste Tú al mundo. Se parece a tu padre José, quien siempre buscó a Dios en todas las cosas, y se parece a tu Padre Eterno, en que quiso compartir con otros Su Ser, y por eso quiso llevar siempre a su hermana Maritere a donde salía la luz que iluminaba su pequeño entendimiento, como tu Padre Celestial desea llevar la luz del Entendimiento a todos sus hijos con alma inmortal.

El Juez Supremo se emocionó con aquella respuesta. Se acordó de Su Padre Celestial mandándolo a Él, que es el Entendimiento de Dios, al mundo. Se acordó de José respetando la Virginitad de María, en orden a la Salvación de la humanidad, ayudado así a su Redención, y no pudo menos que exclamar:

-¡Bien, Juan, bien!

El Juez volvió a preguntar:

¿Y de la Verdad, de la Revelación que Dios te dio como gran regalo de Su Boca, con la Palabra- el Verbo- de Dios; qué hiciste?

Juan quedó mudo. ¿qué hizo con el Verbo de Dios....?, aquella pregunta le pareció más difícil que las otras que le habían hecho. Pero a decir verdad, ya sabía de donde había auxilio, y volteó a ver a María Auxiliadora, esperando de ahí la respuesta.

Nada tardó la madre en presentar la defensa y dijo;

-"Mi hijo Juan estudió bien las Escrituras y creyó sin dudar en tu Palabra. Por eso se confesaba y comulgaba, porque SABÍA que tú eras el Pan de Vida. No dudó de tu poder para hacer del pan Tu propio Cuerpo, como no dudó del poder de tu Padre Eterno cuando supo que de la nada había hecho todo. Igual que tu Padre Celestial, no dudó de que Su Verbo -Tú-, era Todopoderoso y te confió la Misión Redentora. Juan no dudó de ti cuando te tuvo en sus brazos, en aquel sueño, ni cuando te tuvo cerca, en aquel Sagrario de su parroquia. Además, igual que Tu padre José creyó la Palabra que le dirigiste en aquel sueño, y me tomó por esposa, Juan el curioso creyó lo que le dijiste bajo el árbol, por conducto del obispo Nicolás, del apóstol Pedro y del apóstol amado por ti, mi hijo Juan Evangelista.

Ante estos argumentos el Juez sólo pudo alegrarse aún más. Ese curioso tenía lo suyo, dijo para sus adentros. Y las luces del árbol empezaron a brillar -perdón-, los santos del cielo se empezaron a acercar, como adivinando que ahí iba a haber una celebración de aquéllas...

El Juez se mostró complacido. Las respuestas de Juan habían sido excelentes. A continuación siguió indagando:

-¿Y de la limpieza de alma que Dios te dio en el bautismo, del ser inmaculado que te di, alma limpia de pecado que tuviste después de la adopción y que te hace hijo de Dios, por la semejanza que adquieres con el Tres Veces Santo, qué has hecho?

Juan, ya más observador que otra cosa, volteó a ver a María para escuchar la respuesta. María le dijo, sin miedo: "Juan, contéstale a Jesús esta pregunta. Piensa que El es muy bueno, y aunque te endurezca el rostro, como Juez que es, acuérdate que eres hijo de Dios, en eso, similar a El. Contéstale con sencillez."

A Juan se le paralizó la mandíbula. Ya ni siquiera se acordaba de la pregunta que le hizo el Juez Supremo.

¿Que hiciste de la pureza de tu alma, del regalo que te hice Yo, el Hijo de Dios, por el perdón como criatura pecadora y la adopción como heredero de Dios? repitió Jesús, difícilmente ocultando la ternura de Su Corazón hacia aquel hermano suyo, tan pequeño.

San Juan, el amado, vino ahora en ayuda de su tocayo, Juan el curioso.

-"Se confesó con frecuencia, para limpiar el regalo del alma sin pecado. Se apartó de la ocasión de pecar, te recibió con el Amor de Dios a flor de piel, el Espíritu de Santidad que Tú le diste con tu Redención. Así trató de mantener su alma como es Dios, sin mancha de pecado, Inmaculado".

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

María se adelantó con más argumentos de defensa:

- "Por haberse confesado bien y con frecuencia y con ello, mantenido el alma sin pecado, se parece al Padre celestial, se parece al Hijo celestial, y se parece al Espíritu Santo, porque Dios es el Santo de Santos, y con la confesión y comunión, Juan el juzgado se asemejó a la Trinidad Beatísima. Es un verdadero hijo de Dios, consciente de su realeza, que es por la semejanza con el Dios Inmaculado.

Metió su cuchara San José, que algo le conocería al Juez Eterno y dijo: "recibió a Jesús con pureza, humildad y devoción como lo hizo Su Madre, por ese se asemeja también a María, Madre de Dios"

Ese argumento acabó con la sesión. La Trinidad estaba ya reluciente y parecía que la fiesta iba en serio. El Juez habló y todos guardaron silencio:

- "Luego Dios te dio la Iglesia, camino de salvación. ¿Qué hiciste de ese don maravilloso, que es del Espíritu Santo?"

Juan se sentía ya feliz. En ese momento, sabedor de que tenía muchos abogados de primera línea, se sintió más tranquilo que nunca. Así, pensó, ¡hasta da gusto ser juzgado!

Para su sorpresa, del Triángulo Trinitario salió una voz potente. A juzgar por la dirección de donde venía, que era del lado derecho (a la izquierda del Padre), en donde está el Espíritu de Dios, hablaba el Amor Divino. Hacia allá volteó Juan -siempre curioso- y se quedó callado. En unos segundos, la voz del Espíritu contestó a la pregunta del Juez:

"Juan escuchó mi palabra y dócilmente se dejó llevar hacia la Sabiduría de Dios, hacia la Piedad y la Fortaleza. El es un santo, pues en él hizo morada Aquel que Es tres veces Santo"

Hizo morada Dios Padre, principio en la Trinidad.
Hizo morada Dios Hijo, como en el seno de Dios.
Hice morada yo, quien con el Padre y el Hijo, Soy Dios"

!Y la fiesta comenzó en grande!

Las luces rojas soltaron un flamazo, a lo que las azules contestaron con dos. Las amarillas enloquecieron, como faros náuticos y las verdes no se quedaron atrás. Todo el árbol, perdón, la Trinidad, manifestaba su gusto por medio de sus santos. La algarabía era inmensa.

San Pedro levantó un poco la voz para llamar al orden, pues aquello ya parecía que se iba fuera de control. Se aplacaron un momento los ánimos y el juez aprovechó para seguir su misión, mientras que María se veía la mar de contenta pues otro hijo suyo se acercaba al seno de Dios.

Jesús, desde Su trono, tomó de nuevo la palabra:

"Cuando entendiste que por Amor me dejé clavar en el madero, flagelar, coronar de espinas, abofetear, escupir y maldecir, ¿qué hiciste para aprovechar ese gran regalo, el de enseñarte a convertir el mal en bien, el pecado en Gloria de Dios?"

Juan se quedó pensativo, acordándose de aquel Cristo sangrante en aquella segunda Navidad. Se le empañaron los ojos, como queriendo llorar, a lo que María le dijo: "Dios no lloró..., tú tampoco debes hacerlo. El llanto es muy humano, pero a ti no te están juzgando por tu actuar como hombre sin Dios, sino por tu actuar de hijo de Dios. Si Dios deseó la Cruz, luego la Cruz es buena y debes reír. Esta es la lección más grande que aprendí junto a mi Hijo crucificado. A sostenerme gallardamente frente al dolor, asegurándose de que así sirva a la gloria de Dios. Mi esposo Eterno y mi hijo Juan me ayudaron en ese trance. Por el Cristo en la Cruz, da siempre gracias a Dios"

Juan se limpió una lagrimilla, especialmente cuando vio frente a sí al Cristo Glorioso, lleno de salud y vigor, sonriéndole amablemente, concededor de la flaqueza humana.

El curioso se mantuvo callado, como esperando la acostumbrada aparición de algún abogado, pero esta vez se estaba tardando... Cristo, sonriente ya, no insistió, pues ya sabía la respuesta. El juez actuó como abogado y dijo:

-“Te vi sufrir con gallardía. Te hiciste solidario conmigo ante el dolor. Te felicito hermano mío”. Calló el juez y volteó a un lugar en donde, un personaje apareció en escena: era muy viejo, y a juzgar por las miradas de los ahí presentes, era muy querido.

"Abraham... le dijo Cristo; ¿te gusta Juan para que acompañe a tu descendencia, para que sea uno de entre todos los que te prometí por tu fe, cuando quisiste ofrecer a tu hijo, Isaac, como el Padre eterno me ofreció a mí?"

El viejo Patriarca dijo: "Con fe vivió y con fe murió. Digno es de la corona"

¡Luces y algarabía!; Los focos enloquecieron, pero San Pedro intervino a callar a los ruidosos y siguió el juicio por la vida eterna"

Otro personaje viejo y vigoroso, salió -no supo Juan de donde-, y a este le preguntó Jesús:

"Moisés: ¿te parece digno Juan para ingresar en la Alianza que yo hice por tu conducto con el pueblo de la fe, y que esperó cuarenta años para recibir la tierra prometida, alianza como la que hizo el Padre Celestial con los que me siguen, para recibir la Gloria?"

El viejo patriarca dijo: "En Dios esperó sin desfallecer, en Dios caminó hasta la muerte, digno es pues de la corona prometida"

¡El cielo retumbaba de verdad! y entre las luces y las músicas se alcanzó a ver alguna espantasuegra.

San Pedro tuvo que actuar con más energía y era tanto el contento de la reunión, que difícilmente le hacían caso alguno. Puso entonces cara de enojado, como queriendo propinar un coscorrón, y en unos segundos se empezó a callar la algarabía.

Se hizo entonces un silencio total y discretamente todos voltearon a la cúspide del triángulo, donde está el Padre Eterno y esperaron. La gran voz no se tardó. Resonante, el Padre preguntó:

-“Y Tú, Mi Verbo, Mi Entendimiento, Mi Engendrado;
Por quien todo hice;

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

Dios de Dios, Luz de Luz, Amor de Mi Amor;
¿Te parece que, por su caridad, es digno Juan de pertenecer al Cuerpo Místico donde llega la Gloria con que, por tu Caridad, me glorificaste y Yo te Glorifico?"

A lo que Cristo contestó:

"Amó con Amor Divino, como Tú, Padre mío. Cuidó de su prójimo. Enseñó tu Palabra, que Soy Yo. Actuó con iniciativa y creatividad, como actúas Tú. Puso tiempo y vida, libertad y Verdad, Iglesia y Santidad a servicio de Tu Obra. Sufrió y murió ofreciendo por Tu Amor, como hice yo. Digno es pues de la corona.

¡La locura es poca cosa. Daba saltos el cielo por el júbilo!

¡Uno más, decían los focos rojos!

¡Que lo vistan de azul! decían los eternos contrincantes, buscando que lo mejor quedara en su bando y la estrella grande, la misericordia del Padre Eterno, brilló como siempre que da un gran regalo: Brilló mucho, mucho.

María, al fin, lo vistió con una luz verde, ya que según dijo:

- "Mucho se peca hoy en la tierra en nombre de dicho color. Que sirva un poco de antídoto para mitigar el dolor de Dios al ver tanta vida desperdiciada en nombre de la "ecología". La ignorancia, dijo María, en muy opuesta a Dios y por consecuencia, a Su Obra."

Entre tanta novedad, a Juan el curioso se le había olvidado mirar en el tiempo. Volteó y vio el pasado y el futuro simultáneamente. Como entre tantas imágenes se le hizo un poco confusa la secuencia de los acontecimientos (-"eres nuevo en estas cosas, le dijeron, te falta experiencia"...) entonces decidió seguir lentamente los sucesos, mientras se acostumbraba a mover su mente por el tiempo.

Enfocó en el lugar de su casa, en el tiempo justo después de su muerte:

Todo estaba ante su vista: Lo habían llorado bastante, porque era un niño bien querido, y rezaron mucho por él. Luego, con los pies en la tierra, decidieron sus papás seguir la existencia con naturalidad, cuidando de los otros hijos que Dios les dio.

Pronto fue otra vez tiempo de navidad. Pusieron los papás el árbol y el nacimiento, ayudados por María Teresa y prepararon la cena. Habían comprado algunos juguetes para los niños y Juan pudo observar la diferencia tan grande entre los regalos de los hombres y los regalos de Dios. ¡No hay comparación!... pensó para sus adentros.

El curioso quedó muy satisfecho del noveno regalo que Dios le había prometido, después de la muerte. ¡la Gloria... era estupenda!, y se preguntó si su hermana también recibiría los mismos regalos que él. En la Gloria no hacía falta preguntar, pero la costumbre de Juan era tal, que fue a buscar a algún enterado con quien hacer plática, y se encontró a Santa Teresa, la doctora de la Iglesia. Más que por su ciencia, le llamó la atención el nombre... "igual al de mi hermana", dijo para sí. A Juan le pareció magnífica elección.

Se acercó a la Santa, vestida aún con su traje Carmelita, al que amaba con entereza. Su pregunta fue inmediata, como su curiosidad. "Oye, Santa Teresa, ¿Le darán a Maritere los mismos regalos que a mí?"

La Santa tenía un humor muy fino, y mientras sonreía amable le contestó a Juan con otra pregunta:

-¿no eres tú el Juan que murió recientemente, en el día de la Inmaculada?

"Afirmativo", dijo Juan el curioso, que acababa de aprender esa palabra antes de partir al cielo.

-“Pues buena te la ha hecho ella, la Inmaculada, porque sabe que en su día, el Juez está más contento que nunca, por eso se las averiguó y te trajo ante él en ese su día. Se ve que te quiere mucho. Es un verdadero gesto de madre..., pero veamos: ¿tu hermana Maritere...?”

Continuo diciendo...

-"Es en parte responsabilidad mía, por que la bautizaron con el nombre de Teresa; pero veamos:. Si ella acepta los regalos que tú aceptaste, Dios le dará todos y cada uno de los que te dio. Así suele hacerlo.”

¿Y?- contestó el curioso, nunca lento en preguntar...

¿Y?, contestó la santa: Pues que su juicio será grande. Ella estará ayudada por mí, claro está, como a ti te ayudó Juan el amado, por ser tu santo patrono. El camino que le marcará Dios será muy distinto al tuyo. Ella dará gloria a Dios en el tiempo, estudiando y trabajando hasta ver nacer a sus bisnietos.

La vida la defenderá trayendo a muchos niños al mundo, contrario a lo que dicen los economistas y los ecólogos, y dará así gloria a Dios, llenándote de sobrinos que tendrás tú que ayudar a cuidar... desde luego. Tomarán ellos el lugar de los hijos de los economistas y los ecólogos que nunca nacieron (quiso reír pero no soltó la risa, acordándose de que aquellos que no nacieron hubieran también recibido los regalos de Dios, y sin embargo nada son, pues ni el primer presente tuvieron por el egoísmo de los que atacan la paternidad)”.

Así es la ley de la vida ¡qué caray! Oponerse a la Ley de Dios es suicidio para la persona y para su descendencia.

¿Y la libertad? -preguntó al instante, el siempre curioso Juan.

Velo tú mismo, le dijo Teresa, ayudándolo a mirar quien sabe como, hacia el futuro, y ahí estaba...

Ahí estaba Maritere, ante el juicio de Dios.

El Juez Eterno preguntaba. La Virgen, discreta, casi siempre respondía.

A ver Maritere... ¿Cómo usaste del entendimiento que te di...?, pregunto el que es Luz de Luz.

Maritere se quedó pensativa. Mientras, María la representó, diciendo:

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (Gal 4,4)

-”Maritere se opuso siempre a la comodidad que le ofrecía el mundo, ya que prefirió escoger el esfuerzo de sacar bien a su familia, levantarse temprano para atender a sus hijos y a su marido. Les ayudaba a hacer la tarea a los pequeñines y estaba atenta, viendo lo que les enseñaban en la escuela, porque ahí se mete cada enemigo de Dios, ¡que hay que ver!”

Volteando a ver a Maritere, que se veía en la flor de la edad, guapísima, siguió la defensa:

-”Como el Padre Celestial, cuidó de sus hijos sin medida; como tu padre José, cuidó de su cónyuge, yo, con diligencia... Es más, cuando el médico aquel que mandaste al infierno le decía que abortara, usó sensatamente de su entendimiento y se negó a matar a su hijo, aunque ella estuviera en peligro de quedar lisiada”.

El Juez se vio complacido. Era imagen del Padre Eterno y de Su padre temporal. No dejó de notar que en eso se parecía también a María, pero nada dijo. ¿que sería de todo si el Padre decidiera abortar a Su Obra, la Creación, por un defecto que tuviera, como el pecado de los hombres?

Volvió a preguntar el gran Señor:

-”Y de la Palabra del Padre, que soy Yo, ¿qué hiciste?”

Santa Teresa no la dejó contestar y dio entonces fiel testimonio...

-”Enseño cuidadosamente la Palabra de Dios a sus hijos, y además dio el catecismo, en auxilio de su parroquia, a más de cien chiquitos”.

Y continuó María:

-“Escuchó y obedeció tus mandamientos y tuvo gran devoción a mi persona, con la advocación de Guadalupe, que es también una manifestación de la voluntad del Padre”.

El Juez se mostró contento. En particular amaba la devoción mariana, y muy en especial la Guadalupana, porque la había pintado Él mismo, con su Padre y el Espíritu Santo.

Algunas lucecillas empezaron a acercarse aquí y allá, pero Juan estaba concentrado, atendiendo el juicio.

Cristo preguntó de nuevo... ¿y del alma inmaculada que te entregué por el bautismo; qué hiciste de esa filiación con tu Dios...?

Las preguntas y respuestas alternaron, y más y más luces se prendieron. Pronto Juan se unió a la fiesta; era el verde que más brillaba y el último en callarse cuando San Pedro llamaba al orden

-“¡Hurra, Maritere, hurra!”, se alcanzaba a oír la voz de Juan, que ya no preguntaba, sino sólo alababa a la Providencia de Dios que llevaba al cielo, con él, a sus hermanos y a quienes reciben Sus dones con el Espíritu de Dios, el Cristianismo Universal de la Iglesia de Pedro.

Juan está ya satisfecho de su curiosidad, sin embargo, se le quedó el apodo, pero ya no hará más preguntas.

Vive en el cielo, y vive en gran alegría, con sus papás, sus hermanos de carne y sus muchos, muchos hermanos en Dios. Platica con frecuencia de la Virgen María, a la que siempre apoya cuando hay un Juicio de Dios y se tutea con muchos santos. Sin embargo, siente una gran predilección por aquél Obispo gordo, vestido de rojo, como bombero, que siempre llama la atención de los niños y les da regalos bajo el árbol de navidad.

Y la imagen del árbol lo deja seducido ¡Qué poco sabía él de Dios cuando, por primera vez, preguntó por aquel pino triangular, lleno de luces!

¡Y qué gusto nos da ver a aquél foquito verde brillar cerca de la estrella grande, la que está en representación de la Estrella de Belén, la que anuncia al Hijo, la que da la Luz de los regalos de la Trinidad que es Dios, todos los años, en millones de hogares cristianos! ¡Como se goza de estar siempre en las cosas de Dios y en la casa de los hijos del Altísimo!

LUIS GARCIA PIMENTEL